

Pedir en los Cafés

BYRRE

Gran vino Apertivo, Tónico Fortificante y Generoso



Violet Frères á THUIR (France)

Encuadernaciones

Se hacen toda clase de trabajos concernientes a este ramo en los talleres de La Voz.

LEGÍTIMOS MOTORES A GAS "OTTO" CROSSLEY

para gas del alumbre, gas pobre, petróleo, gasolina, bencina, alcohol, etc. Gasógeno insustanciable de aire sin gasómetro ni caldera, sistema CROSSLEY. Gasógenos de aspiración sistema CROSSLEY. Gasógenos sistema DOWSON.

2,200 instalaciones funcionando en España. Calderas, Máquinas de vapor. Instalaciones completas de alumbrado eléctrico, transporte de fuerza, tracción eléctrica. Bombas de todas clases, Locomotoras, Material de Minas, etc.

Sociedad Anglo-Española de Motores Gasógenos Y MAQUINARIA GENERAL (antes Julius G. Neville)

Talleres en MARCOV. - Sucursal: BARCELONA, Plaza Palaco, 11

MADRID: Salón del Prado, 14



SOLUCION BENEDICTO de glicero-fosfato de cal con CREOSOTAL

Preparado de más reciente para curar la tuberculosis, bronquitis crónicas, infecciones grippales, enfermedades constitucionales, inapetencia, debilidad general, prostración nerviosa, neurastenia, etc.

CAFES de la COMPANIA COLONIAL SON SIEMPRE LOS PREFERIDOS

Café PUERTO-RICO: Cajita precintada de 100 gramos á pesetas 0,60 CAJITA

SOLUCION COIRRE á base de CLORHIDRO-FOSFATO de CAL

TISIS, ANEMIA, RAQUITISMO, ENFERMEDADES de los HUESOS, CAQUEXIA, ESCROFULAS, INAPETENCIA, DISPEPSIA, ESTADO NERVIOSO.

LEVADURA COIRRE (LEVADURA SECA DE GERVIZIA)

ANTRAX, FORÚNCULOS y FORÚNCULOSIS, GASTRO-ENTERITIS, DIBENTERIA, NEUMONIA, FIEBRE TIFOIDEA, DIABETES, ACNE, FLEMONES, SUPURACIONES, LEUCORRÉAS y VAGINITIS y todas las AFECCIONES que dan lugar á Supuraciones.

COIRRE, 79, Rue du Cherche-Midi, PARIS.



LA MEJOR TINTURA PROGRESIVA LA FLOR DE ORO

Usando esta privilegiada agua nunca tendréis canas ni seréis calvos. El cabello abundante y hermoso es el mejor atractivo de la mujer.

Las personas de temperamento herpético deben precisamente usar esta agua, si no quieren perjudicar su salud, y lograrán tener la cabeza sana y limpia con sólo una aplicación cada ocho días; y si á la vez desean tonificar el pelo, házga-los con el prospecto que se acompaña á la botella.

OUATAPLASME DEL DOCTOR ED. LANGLEBERT

CURA COMPLETA EMOLIENTE ASEPTICO. Su empleo produce excelentes resultados en los casos siguientes: Abcesos, Dermatitis, Eczemas, Fiebre, Gonorrea, etc.

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DEPOSITO GENERAL Y VENTA AL POR MAYOR EN ESPAÑA: ALFREDO RIERA É HIJOS (N. R.), Nápoles, 166. BARCELONA

DISCONFIAZSE DE LAS FALSIFICACIONES IMITACIONES. Escribir la Firma: SANTA LIDY. CURACION RADICAL Y RAPIDA.

TALLERES DE La Voz de Guipúzcoa. Especialidad en trabajos comerciales. Impresiones de todas clases á una ó varias tintas.

CASA EDITORIAL SOPENA

Provenza, número 95 BARCELONA Apartado de Correos, 178

OBRAS DE S. NILES: Ayudante * El carácter * El ahorro * El deber. Estas ediciones son las más económicas del mundo.

Gran Manufactura Imperial de Pianos "HENRY HILLARTNER" DE BERLIN. Los mejores del mundo. Modelos á cuerdas cruzadas desde 1.000 pesetas garantizando su procedencia. Pianolas "ORPHOBELLA" y Rollos de Música Gramófonos y Discos de la Compañía Francesa del Gramophone.

Folleton de LA VOZ

EL BIGAMO

—Yo la ahogaba, más sin quererlo! exclamó la joven. —Al pronó así lo creí, pero no tardé en desilusionarme. Diana murmuraba: —Hilda! tú me matas! y forcejeaba débilmente. Tú, sin responderla, continuabas sonriéndola, mas, al sonreírle, cada vez la apretabas más. Te imploraba con voz suplicante, que poco á poco cesó de distinguirse. —Diana estaba muerta! Los brazos abríste y cayó haciendo un ruido siniestro en este mismo sitio donde tú le habías ahogado. Derría la sangre en los labios, y sus ojos fijos no veían ya. Entonces, sonriendo siempre, persistió el pie sobre su cadáver...

—Yo la ahogaba, más sin quererlo! exclamó la joven. —Al pronó así lo creí, pero no tardé en desilusionarme. Diana murmuraba: —Hilda! tú me matas! y forcejeaba débilmente. Tú, sin responderla, continuabas sonriéndola, mas, al sonreírle, cada vez la apretabas más. Te imploraba con voz suplicante, que poco á poco cesó de distinguirse. —Diana estaba muerta! Los brazos abríste y cayó haciendo un ruido siniestro en este mismo sitio donde tú le habías ahogado. Derría la sangre en los labios, y sus ojos fijos no veían ya. Entonces, sonriendo siempre, persistió el pie sobre su cadáver...

—De qué desgraciado hablas? le interrogó, la joven tenía hábitos de mando. —No lo adviniste? —No. —Dable de nuestro vecino, ese joven pálido, vestido de negro, que parece tan pobre como nosotros, y que de tarde en tarde tropezaba en la escalera, sin que nunca deje de apartarse para abrirnos paso, saludándonos con distinguida delicadeza, como si fuéramos grandes señoras. —Ya sé quien quieres decir. Pero ¿por qué crees que tienes necesidad de nuestros auxilios? —Su bohardilla toca á la nuestra... —¿Y qué? —En esa bohardilla acaba de tener lugar la explosión que tan gran terror ha causado á usted. —¿Estás segura de ello? —¡Ciertamente! Y usted puede asegurarse por sí misma. ¡Mire usted! —exclamó la joven extendiendo la mano hacia el labio, cuyas profundas grietas dejaban escapar una borbotada de humo y de vapores delictivos. —Eches usted el vestido sobre los hombros y acompañame. En el interior modesto, hier pedregales decaír miserable, cuyo suelo hemos franqueado, la joven tenía hábitos de mando. —¿Los que su madre se someta sin replicar. Por lo tanto, la vieja Gilona, y la designamos así aunque su vejez no fuese más que aparente, enválvese rápidamente en un manto de tela gruesa, cogió la lámpara, y siguió á Hilda, que acababa de lanzarse fuera. Entrar en la bohardilla vecina era cosa fácil, porque la puerta había sido arrancada de sus goznes y arrojada fuera, hecha pedruzcos casi por la explosión, cuyas causas y naturaleza ignoramos todavía. —Hilda, hija mía, ¿no entres ahí! te lo ruego... —exclamó Gilona, espantada de nuevo por el humo negro é infecto, cargado de emanaciones sulfurosas, que salía por la puerta. Sin atender esta recomendación de su madre, la joven entró resucitadamente en las tinieblas de la bohardilla, y la vieja, no queriendo abandonar la, siguió temblando de pies á cabeza.

—¿De qué desgraciado hablas? le interrogó, la joven tenía hábitos de mando. —No lo adviniste? —No. —Dable de nuestro vecino, ese joven pálido, vestido de negro, que parece tan pobre como nosotros, y que de tarde en tarde tropezaba en la escalera, sin que nunca deje de apartarse para abrirnos paso, saludándonos con distinguida delicadeza, como si fuéramos grandes señoras. —Ya sé quien quieres decir. Pero ¿por qué crees que tienes necesidad de nuestros auxilios? —Su bohardilla toca á la nuestra... —¿Y qué? —En esa bohardilla acaba de tener lugar la explosión que tan gran terror ha causado á usted. —¿Estás segura de ello? —¡Ciertamente! Y usted puede asegurarse por sí misma. ¡Mire usted! —exclamó la joven extendiendo la mano hacia el labio, cuyas profundas grietas dejaban escapar una borbotada de humo y de vapores delictivos. —Eches usted el vestido sobre los hombros y acompañame. En el interior modesto, hier pedregales decaír miserable, cuyo suelo hemos franqueado, la joven tenía hábitos de mando. —¿Los que su madre se someta sin replicar. Por lo tanto, la vieja Gilona, y la designamos así aunque su vejez no fuese más que aparente, enválvese rápidamente en un manto de tela gruesa, cogió la lámpara, y siguió á Hilda, que acababa de lanzarse fuera. Entrar en la bohardilla vecina era cosa fácil, porque la puerta había sido arrancada de sus goznes y arrojada fuera, hecha pedruzcos casi por la explosión, cuyas causas y naturaleza ignoramos todavía. —Hilda, hija mía, ¿no entres ahí! te lo ruego... —exclamó Gilona, espantada de nuevo por el humo negro é infecto, cargado de emanaciones sulfurosas, que salía por la puerta. Sin atender esta recomendación de su madre, la joven entró resucitadamente en las tinieblas de la bohardilla, y la vieja, no queriendo abandonar la, siguió temblando de pies á cabeza.

—¿De qué desgraciado hablas? le interrogó, la joven tenía hábitos de mando. —No lo adviniste? —No. —Dable de nuestro vecino, ese joven pálido, vestido de negro, que parece tan pobre como nosotros, y que de tarde en tarde tropezaba en la escalera, sin que nunca deje de apartarse para abrirnos paso, saludándonos con distinguida delicadeza, como si fuéramos grandes señoras. —Ya sé quien quieres decir. Pero ¿por qué crees que tienes necesidad de nuestros auxilios? —Su bohardilla toca á la nuestra... —¿Y qué? —En esa bohardilla acaba de tener lugar la explosión que tan gran terror ha causado á usted. —¿Estás segura de ello? —¡Ciertamente! Y usted puede asegurarse por sí misma. ¡Mire usted! —exclamó la joven extendiendo la mano hacia el labio, cuyas profundas grietas dejaban escapar una borbotada de humo y de vapores delictivos. —Eches usted el vestido sobre los hombros y acompañame. En el interior modesto, hier pedregales decaír miserable, cuyo suelo hemos franqueado, la joven tenía hábitos de mando. —¿Los que su madre se someta sin replicar. Por lo tanto, la vieja Gilona, y la designamos así aunque su vejez no fuese más que aparente, enválvese rápidamente en un manto de tela gruesa, cogió la lámpara, y siguió á Hilda, que acababa de lanzarse fuera. Entrar en la bohardilla vecina era cosa fácil, porque la puerta había sido arrancada de sus goznes y arrojada fuera, hecha pedruzcos casi por la explosión, cuyas causas y naturaleza ignoramos todavía. —Hilda, hija mía, ¿no entres ahí! te lo ruego... —exclamó Gilona, espantada de nuevo por el humo negro é infecto, cargado de emanaciones sulfurosas, que salía por la puerta. Sin atender esta recomendación de su madre, la joven entró resucitadamente en las tinieblas de la bohardilla, y la vieja, no queriendo abandonar la, siguió temblando de pies á cabeza.

—¿De qué desgraciado hablas? le interrogó, la joven tenía hábitos de mando. —No lo adviniste? —No. —Dable de nuestro vecino, ese joven pálido, vestido de negro, que parece tan pobre como nosotros, y que de tarde en tarde tropezaba en la escalera, sin que nunca deje de apartarse para abrirnos paso, saludándonos con distinguida delicadeza, como si fuéramos grandes señoras. —Ya sé quien quieres decir. Pero ¿por qué crees que tienes necesidad de nuestros auxilios? —Su bohardilla toca á la nuestra... —¿Y qué? —En esa bohardilla acaba de tener lugar la explosión que tan gran terror ha causado á usted. —¿Estás segura de ello? —¡Ciertamente! Y usted puede asegurarse por sí misma. ¡Mire usted! —exclamó la joven extendiendo la mano hacia el labio, cuyas profundas grietas dejaban escapar una borbotada de humo y de vapores delictivos. —Eches usted el vestido sobre los hombros y acompañame. En el interior modesto, hier pedregales decaír miserable, cuyo suelo hemos franqueado, la joven tenía hábitos de mando. —¿Los que su madre se someta sin replicar. Por lo tanto, la vieja Gilona, y la designamos así aunque su vejez no fuese más que aparente, enválvese rápidamente en un manto de tela gruesa, cogió la lámpara, y siguió á Hilda, que acababa de lanzarse fuera. Entrar en la bohardilla vecina era cosa fácil, porque la puerta había sido arrancada de sus goznes y arrojada fuera, hecha pedruzcos casi por la explosión, cuyas causas y naturaleza ignoramos todavía. —Hilda, hija mía, ¿no entres ahí! te lo ruego... —exclamó Gilona, espantada de nuevo por el humo negro é infecto, cargado de emanaciones sulfurosas, que salía por la puerta. Sin atender esta recomendación de su madre, la joven entró resucitadamente en las tinieblas de la bohardilla, y la vieja, no queriendo abandonar la, siguió temblando de pies á cabeza.